

Nosotras somos la amenaza

Victoria Darling
Magíster en Estudios Latinoamericanos
Estudiante
Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México

Recibido 04/04/2010 • Aceptado 22/05/2010

Resumen

La propuesta del presente artículo es construir “imágenes verbales” de formas de resistencia de las mujeres bolivianas, ejemplificado en relatos de prácticas acontecidas en sucesos conflictivos de la ciudad de El Alto. Se describen imágenes que dan cuenta de la transformación de su accionar, acompañadas de relatos que denotan el carácter disruptivo de su presencia en el quehacer político cotidiano actual. El ejercicio etnográfico finaliza con una reflexión de mujeres alteñas que participaron en el bloqueo de la ciudad, en octubre de 2003.

Palabras claves: Mujeres, El Alto, política, transformación, movilización social

Abstract

The proposal of this paper is to build some “word pictures” of the contemporary resistance ways of Bolivian women, exemplified in stories of practices that occurred in conflicting events in the city of El Alto. The images are described in order to show the transformation of their actions, accompanied by stories that also show the disruptive of their participation in the daily political work. This ethnographic exercise ends with a reflection of El Alto women who participated in the blockade of the city in October 2003.

Key words: Women, El Alto, Politics, Transformation, Social Mobilization.

Se tomaron de la mano, colocaron antebrazo junto a antebrazo, se alinearon, presionaron hasta quedar intensamente juntas formando un círculo. Hacía frío, como suele suceder en El Alto. Dentro del círculo de las adultas se colocaban las más jóvenes y las niñas, también tomadas de la mano, sintiendo una el calor de la otra, y de la otra, y de la otra a su vez. Transpiraban, se respiraba temor, eso las unía más. El espacio en el que se encontraban era descampado porque es más fácil moverse en un espacio no cercado. Se movían en conjunto, mirando hacia el exterior del organismo conformado, como una célula metamorfoseándose lenta pero progresivamente, de a pasitos pequeños, todas a la vez, intentando orientarse en la dirección comúnmente pautada. Sucedió generalmente de la misma manera, en un principio hablaban todas a la vez, a medida que el tiempo pasaba el rumor iba encontrando la calma, hasta llegar al silencio, un silencio que en las noches se volvía tremebundo. El tiempo transcurría y no debían separarse, la pauta no encontraba resistencia en ninguna. Ellas sabían que tarde o temprano

iban a ser avisadas. La noticia podía ser de descanso y regreso a casa o la peor de todas: "vienen en camino los militares". Si nos tocaban a una, nos tocaban a todas. (Indígena aymara, 2003)

Cuerpo

La resistencia de las mujeres del Alto boliviano es tan legendaria como comentada, tan reciente como de larga y compleja data. Los casos de combate y participación en bloqueos y tomas de espacios públicos no son resultado de una siempre mentada ira precipitada, de un dolor manifiesto espontáneo, sino de una larga experiencia de fortalecimiento y toma de conciencia de su propia condición.

Pies escamados, quemaduras de sol, lastimaduras en la piel, manos callosas, espaldas continentales, voces confusamente débiles aparentemente tímidas, cabello prolijamente arreglado, andar pausado, silueta abigarrada.

El relato inicial obedece a la recuperación de lo vivido por una indígena aymara en tiempos de bloqueo del Alto hacia octubre de 2003, tiempo en que algunos dirigentes de juntas vecinales recién conformadas amenazaban a las mujeres con la supuesta certeza de que los militares enviados por el gobierno para apaciguar la rebelión encausada, iban a venir al atardecer y las iban a violar si las encontraban en sus casas.

El aviso obligaba a las mujeres, jóvenes y niñas a salir a *refugiarse* en espacios abiertos, a unirse piel con piel como mecanismo de soporte, de resguardo, de una seguridad tan antigua como esencialmente conocida que en términos comunitarios solo otros iguales pueden ofrecer

El rol de las mujeres en una *periferia de La Paz* que por mucho ha dejado de serlo para convertirse en centro de debate y confrontación pero también de negociación y pacto, ha implicado una entrega que no solo contempla el compromiso de su vida en la consolidación de la familia como muchos hombres alegan-, sino que tradicionalmente ha demostrado la capacidad de desempeñar todos los roles necesarios para encaminar la propia subsistencia y la de sus cercanos.

Esta entrega pocas veces ha sido reconocida en su integridad, la mayor parte de las veces estas mujeres han sido ignoradas y anuladas como sujetos de cambio social, de trabajo, pero también y principalmente, como sujetos de derecho, de dignidad, de disfrute y placer.

La situación en la que se encuentran las mujeres de El Alto boliviano ha comenzado a transformarse de manera vertiginosa. Su extendida participación en espacios cívicos o políticos, ha implicado una resonada demanda a lo largo de los últimos años por *cupos de género* (como tendencia norteamericana fraguada en el discurso popular) que recién en el último tiempo corto se ha cristalizado en verdaderas ocupaciones de espacios de trascendencia para la organización comunitaria.

“Antes, dentro del municipio, no había género; no se hablaba de género, en el municipio no querían saber nada y en esa pelea estábamos. Nosotras, como mujeres, hemos sido las primeras mujeres que hemos roto la alcaldía quemada, con carteles, marchando. No nos dejaban entrar, los gendarmes nos atacaban (...) éramos puras mujeres, más antes de octubre, para defender lo que es género, porque a nosotras nos afligía”. (Extracto reentrevista a vecina del Distrito 6 del Alto, julio, 2010).

“Liderados por Felipe Quispe, en abril y septiembre de 2000 se produjeron bloqueos del altiplano norte de La Paz que renovaron los temores del cerco indígena de la ciudad de La Paz, y a partir de ese momento se produjeron importantes movilizaciones con notable fuerza” (Flores, 2007:30).

En este marco, las mujeres participaron de numerosas acciones de lucha, una de ellas fue la construcción de bloqueos en las vías de comunicación del Alto tratando de impedir que los alimentos llegaran a los supermercados de la zona sur de La Paz. La respuesta de los hombres, aliados y no aliados, aquí y allá, fue de ataque a las entonces trabajadoras del hogar que se sumaron a las marchas:

“Estas son pues, las empleadas que están con los K’aras, ellas son, ellas son pues, a ellas hay que agarrar... así me miraban a mí (...) hay que ir a atacar a la zona sur, decían tal vez los que estaban haciendo el bloqueo, tal vez para asustarnos”. (Entrevista a trabajadora del hogar alteña, actualmente residente en la zona sur de La Paz, junio, 2010)

El trabajo invisible de las mujeres contribuye a reproducir la etnicidad, aún en contextos urbanos y mercantiles, donde un amplio tejido social en cuyo centro están ellas, permite la sobrevivencia de los hogares y los negocios de las familias migrantes. (Rivera, 1997: s/p).

Desde los sucesos críticos de octubre de 2003 y el derrocamiento del entonces presidente Gonzalo Sánchez de Losada, la realidad de la región alta daría un vuelco. Mujeres alteñas comentan que desde entonces han sido invitadas a participar en actividades cívicas y que en ciertos casos, frente a la amenaza masculina, su reacción ha sido la de no confrontar, pero continuar avanzando por otros medios en otros espacios, dando a conocer sus derechos, socializando su conciencia de posibilidad de participación en puestos ocupados por hombres.

Antes, “ellos se adueñaban de los cargos en las sub-alcaldías, no nos consideraban, decían que nuestra función más importante estaba la de ser soporte en la casa”. Pero la explosión de transformación que significó el llamado *octubre negro* disparó hacia innumerables direcciones posibilitando en uno de sus vectores la visibilización de las mujeres, las cuales en varias oportunidades habían participado de la lucha popular en las calles encabezando marchas de modo de que la fuerza militar no las atacara con la contundente violencia con la que lo hacían con los hombres:

“Ahí actuamos todas las mujeres. Y las mujeres éramos la vanguardia, digamos, porque las mujeres en la marcha vamos adelante, nos ponen como escudo los hombres. Ellos atrás. A mi modo de ver, las mujeres, en realidad, si no existieran, parece que los hombres son cobardes, que no pudieran ellos solitos enfrentar. ‘Primero las mujeres’, gritaban, ‘pues vamos, no importa, si hay que morir, hay que morir.’” (Extracto de entrevista a dos mujeres del Distrito 6 de El Alto, julio, 2010)

Materia

Las transformaciones y el avance de la concientización de la mujer, muchas veces impulsado por organizaciones sociales promotoras de capacitación, llegó a su etapa cúlmine pocos meses atrás, cuando una institución popular, ya tradicional, con una estructura patriarcal arraigada en más de cuarenta años, con auditorios de congresos plagados de sombreros masculinos, cedió y habilitó no solo la candidatura de una mujer, sino también su triunfo en una elección por aclamación que le dio un triunfo arrollador. Esto sucedió no sin resistencia masculina en el XVI Congreso de la Federación de Juntas Vecinales de El Alto.

Entonces, por un momento, vale la pena detenerse. Una situación particular que ilustra con nitidez el temor a la amenaza que implica la participación de las mujeres en espacios que se pretenden independientes pero más aún, que amenazan con su propia independencia y autonomía desiderativa, puede ser explicitada a partir de la lectura crítica del siguiente suceso:

Mañana temprana de preparación de la segunda jornada de realización del Congreso de la Federación de Juntas Vecinales del Alto 2010. Fila super extensa, que solo el número de ficha podía acreditar: mil ciento doce personas visibles, algunas más se sumarían en el transcurso de la mañana o en el trabajo posterior en comisiones descentralizadas. Mañana de calor, de diálogo ameno propio de una espera que demoraría más de tres horas.

Al girar el cuerpo en cualquier dirección posible, podían verse hombres leyendo circulares, panfletos, papeles que solo a ellos se les había entregado en mano. Una hora de dificultades e historias cruzadas plagadas de desconfianza fue necesaria para habilitar la posibilidad de que los hombres declinaran en su afán de no dejar ver ni compartir

siquiera momentáneamente sus textos con las mujeres que también estaban formadas. La circular decía textualmente:

“Señores alteños: somos ciudadanos de pie alteños no pudiendo recurrir a otro lado a quejarnos porque hasta los jueces de familia que llevan nuestros casos están bien confabulados, reciben dinero y fallan en contra de nosotros somos centenares de afectados por esta ONG que se llama Gregoria Apaza no sabemos con qué propósitos pero está destruyendo familias, a la mujer, lo cambia su forma de pensar y los enfrenta contra nosotros (...) Esta nuestra gloriosa FeJuVe es nuestra esperanza, fuera Gregoria Apaza, compañeros congresistas las decisiones a tomar por ustedes en este XVI Congreso son para nosotros muy importantes, no solo para nosotros sino para toda la sociedad en su conjunto (sic)...” (Circular, s/f:s/p).

Gregoria Apaza es una organización de la sociedad civil de extensa trayectoria en El Alto. Se presenta como un centro de capacitación para la mujer que, desde 1983, viene ofreciendo diversas actividades orientadas al fortalecimiento personal y familiar de las mujeres de El Alto. Actualmente desarrolla actividades orientadas al desarrollo y superación personal a través de asistencia psicológica, al desarrollo productivo y laboral, a la acción ciudadana que implica el reconocimiento de los propios derechos y a la comunicación alternativa a través de la Radio Pachamama. La motivación manifiesta de las *gregorias* es la búsqueda de “la transformación de las relaciones de poder desiguales e inequitativas de género, económicas y étnico-culturales, potenciando a las mujeres como sujetos sociales”¹.

Más allá de las críticas que puedan realizarse a favor o en contra de las actitudes de quienes desarrollan las tareas en el Centro, lo cierto es que varias mujeres entrevistadas que participaron de las actividades de capacitación alegan haber conocido sus derechos a partir del contacto con la organización. Incluso la totalidad de las entrevistadas que vivían situaciones de violencia, comentan haberse resistido a seguir siendo golpeadas o abusadas por sus compañeros al “hacerse fuertes y sacar valor”.

Es así que la labor del centro, guste o no, se ha popularizado entre las mujeres del Alto y evidentemente ha tenido un impacto significativo, material y simbólico, en los hombres que acompañan a estas mujeres. Aquellos que no conocían la Organización no obstante, aseguraban que “por algo será” que la circular debía darse a conocer:

“... a los hombres no les ha gustado que le digamos, un momentito esto no es así (...) Temas coyunturales nos dan [en el Centro]

¹ De este modo se declara su vocación en la declaración fundacional del Centro. que nos dé esto, que nos dé esto, y nos dan capacitación (...). Hay veces que hay muchas mujeres, otra veces baja la participación, ahora hay hartas mujeres, mujeres jóvenes, mujeres nuevas.” (Extracto de entrevista a mujer del Distrito 6, julio, 2010).

actualizándonos según el momento. También nosotras como mujeres planteamos *que nos dé esto, que nos dé esto, y nos dan capacitación (...). Hay veces que hay muchas mujeres, otra veces baja la participación, ahora hay hartas mujeres, mujeres jóvenes, mujeres nuevas.*” (Extracto de entrevista a mujer del Distrito 6, julio, 2010).

En los movimientos étnicos de nuevo cuño, las mujeres generalmente brillan por su ausencia, o han tenido una presencia marginal y emblemática, en gran medida promovida por corrientes feministas fuera de las propias organizaciones, tanto en el katarismo-indianismo de los '70 y '80, como en las organizaciones indígenas de tierras bajas de los '80 y '90. Las mujeres han logrado una representación tardía y recortada por conflictos y contextos culturales que favorecen la hegemonía de la visión letrada y masculina de los derechos indígenas. Aunque un discurso acerca del mayor equilibrio y complementariedad entre los géneros parece ser rasgo común a estas organizaciones, a veces refleja más los buenos deseos de los teóricos y los financiadores de estos movimientos, que las realidades vividas por las mujeres indígenas en sus comunidades. (De Mejía, de Morales, et al., citado en Rivera: 1997/s.p).

Ahora bien, finalizado el Congreso, al son de un grito mancomunado de mujeres y jóvenes que se organizaron la última jornada, luego de una titubeante candidatura aprobada por el Presidium (comité organizador), la FeJuVe del Alto por primera vez en su historia, vio electa como dirigente ejecutiva a una mujer de tradición cívica participativa, paradójicamente asistente de los talleres de capacitación del Centro Gregoria Apaza. Fanny Nina se convierte así, a menos de un mes, en una revolución corporizada, esperada, aclamada y, muchas veces, violentamente acallada.

¿Podrá trabajar sobre y encima de las demandas populares con el denso aliento de hombres acostumbrados a prácticas de negociación nítidamente patriarcales? ¿Acaso existen razones para considerar una estrategia la toma del cargo de Ejecutivo por una mujer? Sea cual sea la explicación, no cabe duda que su desafío es construir una FeJuVe nuevamente crítica y contestataria al gobierno, que se diferencie de la acción conciliadora de los últimos años. Fanny se convierte en una esperanza, en un desafío, pero sobre todo, en una amenaza.

“Cambiamos nosotras también y eso no gusta a los hombres. Por el hombre dice ‘antes la mujer era bien sumisa, hacía todo caso’ (...) ahora la mujer tiene que decidir, eso es lo que en este momento les duele a los varones.” (Ibíd.).

Espíritu

Con una mirada que solo se desliza lentamente hacia la tierra cuando la situación se vuelve incómoda, las mujeres del Alto tienen en claro los espacios a los que pueden llegar, lo innumerables obstáculos que se presentan y como si fuera poco, las luchas que restan por librar.

“Ya este último tiempo, ya hay la liberación, no libertinajes sino liberación de las mujeres. Las mujeres ya un poco más han hecho desarrollar su cabecita, ahora ya pensamos diferente. Antes el hombre decía ‘la mujer no tiene que salir de la casa, es para el hogar’, ahora ya no es así.” (Ibídem)

La Paz, Bolivia. 2010

Referencias bibliográficas

Flores Vásquez, Jesús; Herbas Cuevas, Iblin; Huanca Aliaga, Francisca (2007). Mujeres y movimientos sociales en El Alto. Fronteras entre la participación política y la vida cotidiana. La Paz: Ed. PIEB

Rivera Cusicanqui, Silvia (1997). La noción de “derecho” o las paradojas de la modernidad postcolonial: indígenas y mujeres en Bolivia. Bolivia: Universidad Mayor de San Andrés.